EL VUELCO A LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA

*Natalia Saltalamacchia**

RESUMEN: La noción de “izquierda” designa tanto la sustancia de un programa político como el lugar relativo que éste ocupa dentro de un espectro político particular y en un momento histórico determinado; se puede decir que en la última década se registró un giro hacia la izquierda en América Latina. En este artículo se discute la importancia de que dicho vuelco se haya operado por la vía democrática e institucional. Asimismo, se examinan los factores internacionales que contribuyeron a que las izquierdas partidistas alcanzaran el poder en una mayoría de países latinoamericanos.

ABSTRACT: The notion of “the left” refers to not only the essence of a political agenda, but also its relative position in a specific politic spectrum and in a particular historical event. It is generally agreed upon that in the last decade, there has been a shift to the left in Latin America. In this article, the significance of the aforementioned turnover will be presented and how it has been used for democratic and institutional means. Furthermore, we will also analyze the international factors which contributed to the rise of power of leftist parties in a majority of Latin-American countries.

PALABRAS CLAVE: América Latina, izquierda, democracia, relaciones internacionales.
KEYWORDS: Latin America, left, democracy, international relations.

RECEPCIÓN: 9 de diciembre de 2008.

ACEPTACIÓN: 29 de enero de 2009.

* Departamento Académico de Estudios Internacionales, ITAM.

EL VUELCO A LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA

El vuelco a la izquierda: ¿una curiosidad o un fenómeno trascendente?

Con la elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela en el año 1998 comenzó lo que se ha denominado como el giro a la izquierda en América Latina, es decir, se dio inicio a una serie de éxitos electorales por parte de las izquierdas partidistas que transformó el mapa político de la región. En la actualidad, partidos o coaliciones que se identifican a sí mismos como parte de esta familia ideológica gobiernan en Argentina, Chile, Brasil, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Bolivia, Venezuela, Nicaragua y Panamá.¹ Este fenómeno ha sido concebido por algunos como un cambio de época. Otros, han cuestionado la idea del vuelco a la izquierda en Latinoamérica apuntando que: a) dado que entre varios de estos partidos existen más diferencias que similitudes, la categoría “izquierda” resulta inútil y genera más confusión que claridad;² b) en todo caso, la izquierda en el poder ha perdido su identidad y propósitos originales y, por lo tanto, este ascenso no hace realmente mucha dife-

73

¹ Evidentemente también en Cuba pero, por supuesto, dicho gobierno no forma parte de la tendencia aquí analizada.

² Véase, por ejemplo, Daniel Zovatto, “América Latina después del rally electoral 2005-2006: algunas tendencias y datos sobresalientes” en *Nueva Sociedad*, no. 207, enero-febrero, 2007, p. 25.

NATALIA SALTALAMACCHIA

rencia.³ ¿En qué sentido resulta pues pertinente referirse al giro a la izquierda en la región y qué importancia tiene?

En cuanto a la primera objeción se puede decir que es cierto que, desde el punto de vista sustantivo, quizá sólo en el nivel más general –su reconocimiento del ideal igualitario como valor fundante de las relaciones sociales– existe un claro denominador común entre todos y cada uno estos partidos/coaliciones en el gobierno. Por lo demás, es evidente que existen variaciones –aunque también muchas coincidencias– entre ellos, tanto en términos ideológicos como programáticos; es decir, en la teoría y en la práctica producen respuestas distintas a preguntas del tipo: igualdad en *qué cosa*, *entre quiénes* y *en qué grado*, entre otras. Sin embargo, esto lejos de ser una novedad, forma parte de la naturaleza misma de esta corriente política que, a lo largo de la historia, se ha caracterizado por el intenso debate y hasta las luchas fratricidas al interior de sus filas. Si, como se argumenta, debido a su heterogeneidad el uso de la categoría izquierda no es hoy pertinente, entonces habría que decir que nunca lo fue.

En realidad, la categoría izquierda sigue siendo relevante desde el punto de vista analítico y político, lo que se requiere es ordenar un poco los términos de la discusión. En el plano analítico, es necesario apuntar que la noción de izquierda se refiere tanto a una identidad política sustancial como relacional. Es decir, define no sólo algunos de los atributos intrínsecos del sujeto político sino que también indica cómo se posiciona éste con respecto a otros en un contexto político determinado y en un momento dado. En este sentido, se es de izquierda o no dependiendo de quién se ubica a la derecha. Por lo tanto, la comparación entre posiciones políticas a partir de la cual se distingue que un sujeto está “a la izquierda” no puede hacerse en el nivel regional sino que pertenece a la esfera de la política nacional, que es donde se registra la competencia entre opciones rivales. De tal manera que, más allá de sus diferencias, todos los gobiernos arriba aludidos y los partidos/coaliciones que los llevaron al poder son calificados de izquierda en atención

³ Véase, por ejemplo, Andrés Oppenheimer, “Latin American ‘Left’ Has Been Shifting to the Right” en *The Miami Herald*, 10 de diciembre de 2006.

al espacio que ocupan *dentro* del espectro político de sus respectivos países en un momento histórico determinado y no por la identidad que guardan los unos frente a los otros o por su apego estricto a algún ideal teórico de izquierda, cualquiera que éste sea.

Ahora bien, esto no significa renunciar a las comparaciones sustantivas. Sin duda es posible comparar entre las distintas expresiones de la izquierda –dentro de un país o entre países– pero con ello no se anula la categoría general sino simplemente se identifican clases o tipos dentro la misma. Si, como en este caso, la perspectiva regional es la que interesa, se puede proceder a contrastar los programas y acciones de los gobiernos adscritos a la izquierda en Latinoamérica y derivar de ello una tipología. Estas tipologías son mapas conceptuales útiles y, de hecho, ya se han intentado. Dependiendo del autor, se identifican dos,⁴ cuatro o múltiples⁵ divisiones por medio de las cuales se califica a las izquierdas gobernantes en Latinoamérica, pero en todos los casos el sustantivo (izquierda) es el mismo, éste sigue siendo el eje ordenador. De la sola existencia de tales tipologías se desprende, por supuesto, un corolario lógico: en la última década ocurrió en América Latina un vuelco hacia *las* izquierdas, dicho en plural. La precisión no está de más.

En segundo lugar, desde el punto de vista político, resulta relevante conservar la categoría izquierda para describir este fenómeno simplemente porque, en general, los candidatos y partidos/coaliciones aludidos se presentaron ante el electorado y fueron votados reivindicando explícitamente dicha identidad. El hecho de que en varios países de América Latina una mayoría de votantes haya favorecido a una fuerza política identificada como de izquierda o de centro-izquierda, y ésta haya llegado al gobierno nacional, no es un dato menor; en realidad constituye una rareza e incluso en algunos países –como Uruguay y Paraguay– es un hecho absolutamente inédito.

En ese sentido, cabe recordar las enormes dificultades experimentadas históricamente por las izquierdas latinoamericanas para acceder

⁴ Véase, Jorge Castañeda, “Latin America’s Left Turn”, en *Foreign Affairs*, vol. 85, no. 3, mayo-junio 2006, p. 28-43; Teodoro Petkoff, “Las dos izquierdas” en *Nueva Sociedad*, no. 197, mayo-junio 2005, p. 114-28.

⁵ Hector E. Schamis, “Populism, Socialism and Democratic Institutions”, en *Journal of Democracy*, vol. 17, no. 4, octubre de 2006, p. 20-34.

NATALIA SALTALAMACCHIA

al poder del Estado —por cualquier medio, incluyendo el revolucionario. Durante el siglo XX, los gobernantes de izquierda constituyeron esporádicas excepciones a la regla en una región en la que, por un lado, las estructuras sociales y culturales tradicionales limitaban su arraigo popular y, por el otro, las fuerzas conservadoras hegemónicas impusieron obstáculos de todo tipo para excluirla del ejercicio del poder público. Valgan algunos ejemplos. Si por izquierda se entiende las tradiciones comunista y socialista, el hecho es que, por la vía de las urnas, sólo dos líderes de tal extracción —Arbenz en Guatemala y Allende en Chile— llegaron a gobernar en los países latinoamericanos a lo largo del siglo pasado; y, por cierto, ambos fueron defenestrados por sendos golpes de Estado orquestados con la ayuda de Estados Unidos, la potencia hemisférica. Asimismo, por la poco venturosa vía de las armas, nuevamente sólo dos movimientos adscritos al marxismo-leninismo —el Movimiento 26 de Julio en Cuba y el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua— lograron tomar el poder; el resto de los integrantes de la constelación guerrillera latinoamericana fue sistemáticamente derrotado. Finalmente si, arriesgando la polémica, se expande la definición de izquierda para incluir a algunos de los exponentes del nacional-populismo que, a pesar de su eclecticismo ideológico, asumieron programas de justicia social e inclusión política del sector popular, la lista de gobernantes se engrosaría con algunos nombres adicionales como Juan Domingo Perón, en Argentina, y Juan Velasco Alvarado en Perú.

Nótese que en el listado anterior conviven civiles, guerrilleros y generales. Y es que este sucinto recuento permite recordar también que, a lo largo del siglo breve, la relación entre izquierda y democracia fue, por decir lo menos, problemática:⁶ ya fuera porque se la rechazara *a priori* como medio para alcanzar el poder, o porque quedara desvirtuada ante sus ojos por los golpes sufridos a manos de los poderes fácticos, las izquierdas no solían confiar en el juego democrático electoral como medio para conseguir sus metas políticas.

Esto nos lleva discutir la importancia que, en términos político-institucionales, reviste el vuelco a la izquierda en América Latina. Los análisis

⁶ A lo que habría que agregar que, en toda justicia, la relación entre las derechas y la democracia tampoco fue mejor.

tas que enfatizan las diferencias entre los actuales gobiernos pierden de vista el que seguramente es el factor común más trascendental: en todos los casos los partidos/coaliciones de izquierda llegaron al poder mediante el voto popular y respetando las reglas del juego democrático e institucional vigente. Debido a la historia arriba aludida, este hecho resulta muy significativo y puede escapársele sólo a aquellos que no están familiarizados con el devenir histórico de las izquierdas latinoamericanas. El giro a la izquierda debe llamar nuestra atención no sólo por el número de países que engloba, no sólo porque—dado el color político—esto no tiene precedentes sino, por encima de todas las cosas, por el medio a través del cual se operó. El giro a la izquierda es, ante todo, la suma de resultados electorales producidos en democracia y, desde mi perspectiva, su verdadera importancia radica en que contribuyó a apuntalar esta forma de gobierno en la región. Me explico.

Después de estar dominada por gobiernos autoritarios, América Latina experimentó una ola de transiciones democráticas a lo largo de la década de los ochenta. Debido a la intensa represión de la que habían sido objeto, la mayor parte de las izquierdas latinoamericanas recuperaron el valor de los derechos civiles y políticos y se reconciliaron con la idea de la democracia representativa como forma de gobierno. No obstante, por distintos motivos, las izquierdas partidistas no se vieron beneficiadas electoralmente en las primeras cuatro o cinco rondas comiciales.⁷ Finalmente, hacia finales de los años noventa, esta tendencia cambió, llegaron las victorias y con ellas la confirmación de que la democracia puede ser en los hechos un juego abierto a todas las fuerzas políticas. Lo que se quiere subrayar es que, por un lado, estos resultados

⁷ Aunque los motivos varían de país a país, en términos generales se puede decir que, en las dos primeras rondas electorales después de la transición, las izquierdas partidistas se vieron perjudicadas por factores como: el miedo de los votantes a una nueva radicalización de la política, el veto explícito o implícito de los gobernantes autoritarios en retirada, el veto implícito de Estados Unidos, la falta de experiencia en la conducción de la política electoral, y la atomización partidista. Asimismo, en las rondas electorales que tuvieron lugar durante la década del noventa, las izquierdas partidistas estaban apenas replanteándose su lugar en el espacio político después de la caída del socialismo real y se encontraban arrinconadas por la hegemonía del neoliberalismo ortodoxo en la región, ante el cual no consiguieron presentar alternativas competitivas.

NATALIA SALTALAMACCHIA

demonstraron a las izquierdas que sí es posible obtener el poder por la vía electoral y, por el otro, ofrecieron a los gobiernos de izquierda una base de legitimidad que debió ser reconocida por sus detractores. Esto desmontó la idea de que la izquierda sólo podía llegar al poder por medio de vías revolucionarias y, al mismo tiempo, como varios de estos gobiernos han podido comprobar durante su gestión, se demostró que por la vía institucional pacífica es posible llevar a cabo cambios e incluso cambios revolucionarios.⁸

Todo esto fortalece la lealtad a un conjunto de instituciones de matriz constitucional democrática, que permite que la disputa por el poder tenga lugar entre alternativas ideológico-programáticas distintas (izquierda-derecha) y ya no entre sistemas políticos contrapuestos (autoritarismo-democracia). De forma tal que lo que tenemos hoy en buena parte de Latinoamérica son gobiernos que representan algún tipo de izquierda, si ponemos atención a su programa de gobierno, y al mismo tiempo de índole democrático, si prestamos atención a su legitimidad de origen.

Una cosa distinta, que no podré evaluar en este texto, es el talante democrático exhibido por algunos de estos gobiernos durante su gestión (*i.e.*, la legitimidad democrática en su ejercicio). El caso de Hugo Chávez en Venezuela, con toda su singularidad, merece una mención en este sentido ya que sobre todo en los últimos tres años, tanto en la práctica como en el discurso, ha llevado las reglas del juego democrático a un punto de máxima tensión cuando no de franca erosión. Al mismo tiempo, el hecho de que otras izquierdas dentro de Venezuela hayan pasado a la fila de sus críticos y que el propio Chávez se afane por encontrar mecanismos legales para legitimar su permanencia en el poder, subraya la existencia de este consenso democrático básico y la dificultad que supone pasarlo por alto.

⁸ Así, por ejemplo, en Venezuela, Bolivia y Ecuador los gobiernos se dieron a la tarea de convocar a Asambleas Constituyentes que han producido nuevos ordenamientos constitucionales a través de los cuales se han refundado sus respectivos Estados.

Posibles explicaciones de la ola izquierdista

El triunfo más o menos simultáneo de las opciones partidistas de izquierda en la mayoría de los países latinoamericanos podría pensarse como una mera coincidencia. Sin embargo, cuando el mismo fenómeno político se repite en un arco temporal acotado en un conjunto de países que, en medio de su diversidad, comparten una serie de rasgos en común, el azar parece una explicación poco satisfactoria. Es más factible, en cambio, suponer que esta ola izquierdista en América Latina es la manifestación de ciertos factores o tendencias que han afectado de manera similar a los países de la región. ¿Cuáles podrían ser dichos factores?

En principio, se puede partir de una clasificación –un tanto arbitraria en este mundo globalizado– que divide aquellos elementos pertenecientes al orden internacional y al orden nacional. Esto permite sugerir dos estrategias de análisis complementarias para explicar el giro a la izquierda en Latinoamérica: una que se despliega en el campo de las relaciones internacionales y otra en el de la política comparada. En el primer caso se toma a los Estados como unidades de análisis y se asume que están insertos en un sistema de relaciones regionales y globales que en alguna medida influyen y condicionan su devenir político y económico. La pregunta en este caso es: ¿qué factores de nivel internacional –sistémico o regional– facilitaron el acceso de las izquierdas al poder en sus respectivos países? Esto incluye distintos elementos como el papel de las estructuras internacionales (de poder, económicas, ideológicas) y el papel de los actores internacionales (potencias, organismos internacionales, actores no estatales).

La segunda estrategia se refiere al análisis comparativo de los sistemas políticos de los países latinoamericanos. Aquí, la unidad de análisis no son ya los Estados sino los distintos actores políticos actuando dentro de cada esfera nacional. En este caso se trataría de identificar ciertas variables internas que se modificaron más o menos al mismo tiempo y en la misma dirección, dando como resultado un incremento en el atractivo electoral de la izquierda en cada uno de los países señalados. Por ejem-

NATALIA SALTALAMACCHIA

plo, Matthew R. Cleary encuentra en su investigación que todos los triunfos de los partidos de izquierda estuvieron precedidos por el desarrollo, al menos una década atrás, de estructuras de movilización de masas que eventualmente constituyeron su principal base de apoyo en los comicios que los llevaron al poder.⁹ Por otro lado, Francisco Panizza señala la importancia del aprendizaje político de las izquierdas en materia de estrategias electorales y de formación de coaliciones capaces de capturar más votos. Desde este punto de vista, las alianzas electorales pragmáticas que, a su vez, inducen a una cierta moderación programática son parte de la historia en estos triunfos.¹⁰ Ambos trabajos ilustran el tipo de enfoque comparativo a través de países que podría conducirse en este nivel y que, sin embargo, escapa a los alcances del presente ensayo.

A continuación, en cambio, se discuten algunas de las posibles explicaciones de nivel internacional que se encuentran detrás del vuelco a las izquierdas en América Latina en tres vertientes: 1) los cambios en las ideas sobre el desarrollo; 2) la geopolítica y el papel de Estados Unidos; 3) las características del entorno económico internacional.

80

Dimensión internacional del vuelco a la izquierda

La erosión del Consenso de Washington

Hacia finales de los años noventa, después de más de una década de reformas estructurales y de la implementación del conjunto de políticas económicas conocidas como el Consenso de Washington, los resultados regionales no fueron satisfactorios. En la nota positiva se restituyó la estabilidad macroeconómica con déficit fiscales controlados; se erradicó la hiperinflación y se recuperó la capacidad exportadora, así como el flujo de capitales internacionales hacia la región. Sin embar-

⁹ Matthew R. Cleary, "Explaining the Left's Resurgence" en *Journal of Democracy*, vol. 17, no. 4, octubre de 2006, p. 38-9.

¹⁰ Francisco Panizza, "Unarmed Utopia Revisited: The Resurgence of Left-of-Centre Politics in Latin America" en *Political Studies*, vol. 53, 2003, p. 724-5.

go, el modelo neoliberal no hizo realidad la promesa del crecimiento económico fuerte y sostenido: entre muchas fluctuaciones, el PIB de América Latina creció a una tasa promedio anual de 3.3% entre 1991-2000, lo cual equivalió en términos per cápita a tan sólo 1.5%;¹¹ una tasa de suyo modesta que empeora si se toma en cuenta que el punto de partida era la “década perdida” durante la cual el promedio de crecimiento fue 1.3% y -0.8% respectivamente.

Por lo que hace a los aspectos sociales, aunque el porcentaje de personas viviendo en la pobreza disminuyó a lo largo de los años noventa —pasando de representar el 48.3% de la población en 1990 al 43.8% en 1999— esto no fue suficiente para volver al menos al nivel de 1980 (40.5%), anterior a la gran crisis de la deuda.¹² Asimismo, la tendencia a la distribución desigual del ingreso se mantuvo, y en muchos casos se agravó, durante esta década: en casi todos los países los hogares del decil más alto incrementaron su proporción del total de ingreso, mientras que el ingreso percibido por el 40% más pobre cayó en cinco países, se mantuvo igual en uno y apenas aumentó entre uno o dos puntos en el resto.¹³ El indicador Gini se deterioró en Argentina, Brasil, Venezuela, Costa Rica, El Salvador y Ecuador; se mantuvo igual en México, Chile, Guatemala, Nicaragua y Panamá; y mejoró sólo en Uruguay, Colombia y Honduras.¹⁴ En 1999 el ingreso promedio del decil más rico era diecinueve veces más alto que el ingreso promedio del 40% de los hogares más pobres, los cuales percibían tan solo entre el 9% y el 15% del ingreso total.¹⁵

A raíz de estos resultados, hacia el final del siglo se podía sentir en América Latina una enorme fatiga con el modelo neoliberal. Este malestar se expresó, entre otras cosas, en el crecimiento de movimientos sociales de base que impugnaron las consecuencias deletéreas para su bienestar generadas por este nuevo *status quo*. El *Movimiento dos Sem*

¹¹ CEPAL, *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2000*, 2000, Santiago de Chile, Naciones Unidas, p. 85-6.

¹² ECLAC, *A Decade of Social Development in Latin America, 1990-1999*, 2004, Santiago de Chile, United Nations, p. 34.

¹³ *Ibid.*, p. 86.

¹⁴ *Ibid.*, p. 88.

¹⁵ *Ibid.*, p. 79.

NATALIA SALTALAMACCHIA

Terra (MST) de Brasil, el movimiento campesino cocalero y la coordinadora contra la privatización del agua en Bolivia, los piqueteros en Argentina y los movimientos indígenas en Ecuador, representan tan sólo algunos ejemplos. En todos los casos la intensa movilización social callejera —que en varios países condujo a la renuncia de los presidentes en turno— se acompañó de un discurso que identificaba no sólo a las élites nacionales sino también a las instituciones financieras internacionales (IFI) como los responsables del empobrecimiento y el avance de la precariedad en las condiciones de vida. Dicho discurso convergió y se energizó con el de un movimiento global de ciudadanos que, bajo el lema “otro mundo es posible” desafió a la “globalización neoliberal” y logró capturar la atención de la opinión pública mundial a partir de los eventos de Seattle, en 1999. En el año 2001, Porto Alegre se convirtió en la cuna del Foro Social Mundial, lo cual no sólo expresó los humores de una parte importante de la sociedad latinoamericana sino también su articulación con una dinámica discursiva y de movilización de escala internacional.

Todo esto configuró un clima en el que la agenda social —y ya no sólo el crecimiento y la probidad de las finanzas públicas— volvió al primer plano. El Consenso de Washington, tal y como había sido formulado originalmente, mostró claros síntomas de erosión; incluso en el seno de las instituciones multilaterales comenzó a discutirse la necesidad de incorporar estas preocupaciones. En 1999 el Banco Interamericano de Desarrollo exponía que:

Actualmente en el debate sobre el desarrollo las antiguas ortodoxias del Consenso de Washington se están revisando, la importancia de reducir la pobreza y la desigualdad se está moviendo al centro de la agenda, junto con la importancia crucial de la buena política pública y la buena gobernanza. Existe también un amplio consenso de que el crecimiento macroeconómico no puede sostenerse únicamente con políticas macroeconómicas.¹⁶

Así pues, empezó a delinearse una agenda —denominada post-Consenso de Washington, a falta de mejor nombre— que, dentro del marco del paradigma económico liberal, recuperó elementos hasta entonces rele-

¹⁶ Citado en Francisco Panizza, *op.cit.*, p. 728. Traducción mía.

gados: el fortalecimiento de las capacidades institucionales del Estado, la inversión estratégica en educación y salud, y el combate a la pobreza extrema, entre otros.¹⁷ Aunque por supuesto desde una concepción distinta, todos estos temas conforman el patrimonio tradicional de la izquierda. Por lo tanto, a diferencia de los años en los que reinó hegemónico el neoliberalismo socialmente autista, a la vuelta del siglo la agenda internacional del desarrollo legitimó algunas de las críticas y de las reivindicaciones planteadas desde el flanco izquierdo del espectro político.

En suma, la impugnación del Consenso de Washington a nivel global y latinoamericano, así como el subsiguiente regreso de la preocupación por “lo social” en el plano de las ideas, configuraron un clima político favorable para un mejor posicionamiento electoral de las izquierdas partidistas en la región.

La indiferencia de Estados Unidos

Si la geopolítica es un factor en la explicación del giro a la izquierda en América Latina se debe más a la ausencia que a la presencia de Washington en la escena regional durante los últimos años. Como es bien sabido, a partir de 2001 Estados Unidos simplemente se olvidó de América Latina, una región en donde no encontró mayor respaldo a la agenda del combate al terrorismo y en donde la guerra contra Iraq fue altamente impopular. Sin estrategia o plan maestro, la Casa Blanca miró hacia al sur apenas en algunas situaciones críticas, entre las que se encontró su torpe intervención en apoyo al fallido golpe de Estado contra Hugo Chávez en 2002.

A este desinterés por parte de Washington en los asuntos latinoamericanos se sumaron una serie de rasgos adoptados por la política exterior

¹⁷ Para un ejemplo de este cambio operado en el nivel de las ideas y en la agenda propuesta desde las IFI, así como desde centros de investigación cercanos a ellas, véase el libro de Williamson, quien en 1989 acuñó el concepto de “Consenso de Washington”. Pedro Pablo Kuczynski y John Williamson (eds.), *After the Washington Consensus: Restarting Growth and Reform in Latin America*, 2003, Washington, Institute for International Economics.

NATALIA SALTALAMACCHIA

de Estados Unidos bajo la égida de los neoconservadores, a saber, la visión maniquea del mundo (“conmigo o contra mí”), la intención de demostrar que la primacía estadounidense en la estructura internacional de poder se mantenía incólume, y la marcada preferencia por alcanzar dicho objetivo por medio del unilateralismo. Ambas cuestiones revistieron al menos dos consecuencias para el asunto que nos ocupa.

En primer lugar, la conducta internacional de la administración Bush prestó todas las excusas para que el sentimiento antiestadounidense se recrudeciera en América Latina, particularmente en Sudamérica. Algunas izquierdas partidistas en la región reeditaron en su discurso el antiguo tema del antiimperialismo como instrumento catalizador del apoyo de las masas populares. En algunas coyunturas electorales —entre las que destacan los casos de Venezuela (2006), Bolivia (2002 y 2005) o Ecuador (2006)— esto fue claramente capitalizado por candidatos que adoptaron un lenguaje de confrontación abierta con Estados Unidos o de desafío a los intereses económicos extranjeros en general.

En segundo lugar, y quizá más importante, la distracción de Estados Unidos abrió espacios de mayor autonomía en el continente, sobre todo, para los países sudamericanos. Estos espacios fueron particularmente aprovechados por dos Estados que tomaron ventaja del vacío de liderazgo estadounidense para plantear el propio: Brasil y Venezuela. Ambos países se involucraron en políticas de proyección regional, se mostraron dispuestos a invertir en su posicionamiento y a asumir responsabilidades internacionales. Tanto Lula como Chávez llegaron al gobierno al inicio de la ola y se puede argumentar que sus presidencias contribuyeron, aunque por vías muy diferentes, a mejorar las condiciones del contexto sudamericano para el acceso sucesivo de otras izquierdas al poder.

El caso de Chávez es el más nítido ya que, a partir de su victoria en el referendo revocatorio de 2004, inició un curso de radicalización de su gobierno que se extendió a las relaciones internacionales. Frente a una cancillería débil, Chávez centralizó el diseño y la conducción de la política exterior en el palacio de Miraflores para transformarla en un instrumento más de consolidación de su proyecto político en Venezuela.

Dicha política adquirió entonces marcados rasgos ideológicos. Por un lado, Chávez implementó una activa y también polémica estrategia de respaldo a las opciones políticas afines en otros países, así como de celebración vivaz y prolongada de las sucesivas victorias electorales obtenidas por los líderes de las izquierdas.¹⁸ Por el otro, dado su carisma, su visibilidad mediática y su posición de poder, Chávez se erigió en el intérprete de las aspiraciones de ciertos sectores de la izquierda social dispersos a lo largo de los países latinoamericanos; su figura contribuyó ulteriormente a activar bases sociales que, como se apuntó arriba, ya se estaban movilizand. Mediante estos y otros mecanismos, la presencia regional de Chávez atizó el *momentum* de la izquierda, es decir, alimentó la sensación de que los triunfos electorales de la izquierda (en cualquiera de sus encarnaciones) eran posibles y hasta indubitables.

Ahora bien, a ese clima político favorable contribuyó también Brasil en, al menos, dos sentidos. En primer lugar, porque desmintiendo los escenarios catastróficos que la oposición, las IFI y el gobierno de Estados Unidos preveían ante un triunfo del PT en Brasil, el gobierno de Lula muy pronto se perfiló como un gobierno de izquierda socialdemócrata, comprometido con la institucionalidad democrática y la estabilidad económica al tiempo que interesado en desarrollar una agenda social y culturalmente progresista. Con el tiempo, la gestión interna e internacional de Lula prestigió a este tipo de izquierda en el poder y supuso la existencia de un modelo alternativo al chavista en Sudamérica, un modelo encabezado además por la primera potencia regional.¹⁹ Si en algunos contextos nacionales la asociación de la izquierda con Chávez durante las elecciones no podía sino lastimarla, la presidencia de Lula en Brasil sirvió como contra ejemplo de otra izquierda posible.

¹⁸ El grado de apoyo prestado en el curso de las campañas electorales fue variable dependiendo del caso: desde los simples pronunciamientos a favor de un(a) candidato(a), pasando por la participación en eventos de campaña y la promesa de futuros beneficios derivados del trabajo en conjunto con el gobierno de Venezuela, hasta posibles (aunque hasta ahora en ningún caso probadas fehacientemente) contribuciones financieras.

¹⁹ En este sentido, aunque el Chile liderado por los gobiernos de la Concertación representa esencialmente el mismo modelo, su peso en la región es incomparable respecto al de Brasil.

NATALIA SALTALAMACCHIA

En segundo término, porque a partir de 2004-2005 la creciente beligerancia de Chávez, su intervención en los asuntos de países vecinos y su intención de formar una coalición anti-estadounidense, aumentó la alerta en Washington con lo cual —a pesar de sus tribulaciones globales— Estados Unidos podría haber pasado a la acción para proteger sus intereses en la zona. Sin embargo, el liderazgo de Brasil bajo Lula parece haberle dado las suficientes garantías para mantener la política de distancia y no preocuparse demasiado por los resultados electorales de la región. En efecto, más allá de las claras divergencias ideológicas, el gobierno de Lula desarrolló una relación de trabajo funcional con Estados Unidos, caracterizada por el respeto y el acomodo de intereses mutuos. Brasil se perfiló en el último lustro como un mediador y estabilizador regional que no sólo no está interesado en antagonizar con Estados Unidos, sino que incluso quiere reducir al mínimo los pretextos para la intervención de éste en la zona. En la medida en la que el liderazgo brasileño actuó desde la propia izquierda como un factor de moderación y hasta de contrapeso a Chávez en Sudamérica, Washington percibió una menor necesidad de involucrarse (como tantas veces en el pasado) en una política de vetos a las opciones políticas de izquierda de la región.

86

Un entorno económico internacional favorable

Si las izquierdas llegaron al poder en gran parte por la insatisfacción popular con los resultados económicos de la década anterior, también tuvieron la fortuna de desarrollar su gestión de gobierno en una etapa de expansión económica internacional. El ascenso de los gobiernos de izquierda se produjo en dos grandes rondas electorales. La primera ocurrió entre 1998 y 2004, mientras que la segunda corresponde al período 2005-2008.²⁰ Es decir, el arranque de los primeros gobiernos

²⁰ En la primera ronda ocurrieron los triunfos electorales de Chávez (1998), Lagos (1999), Lula (2002), Kirschner (2003), Vázquez (2004) y Torrijos (2004). En la segunda se registraron las elecciones de Morales (2005), Bachelet (2005), Ortega (2006), Correa (2006), Fernández (2007) y Lugo (2008), así como las reelecciones de Lula (2006) y Chávez (2006).

coincidió con el inicio de los vientos favorables para las economías latinoamericanas, mientras que el segundo conjunto llegó al poder en la cresta de esta bonanza externa.

A partir de 2002-2003, los precios de las exportaciones latinoamericanas comenzaron a experimentar un auge; especialmente fue el caso de las materias primas o *commodities* cuyo valor de mercado se vio empujado a la alza debido al incremento en la demanda mundial liderado por China y la India. Los altos precios del petróleo, de los minerales y de otros productos como la soja beneficiaron enormemente a las economías latinoamericanas. Entre 2002 y 2007 América Latina creció 26.7%, experimentando la mayor expansión continua desde la década de los años setenta. Esto permitió que los gobiernos aflojaran un poco las restricciones fiscales y destinaran mayores recursos a la atención de las demandas económicas y los rezagos sociales.

En este contexto, fue posible para los gobiernos de la primera ronda mantener finanzas públicas equilibradas y experimentar, al mismo tiempo, con políticas sociales innovadoras y más ambiciosas. Fue el caso particularmente en Brasil, Chile, Uruguay y Argentina donde, por un lado, se mantuvo la orientación de la política social focalizada pero se expandió su cobertura y, por el otro, se llevaron a cabo ciertas reformas para mejorar distintos aspectos de los sistemas de previsión social. También en Venezuela, durante este período la macroeconomía se mantuvo dentro de los límites aceptables por la ortodoxia, mientras que el gobierno incrementó el gasto social como porcentaje del PIB y en el año 2003 lanzó las famosas “misiones”, una serie de programas sociales de amplia cobertura destinados a los núcleos más marginados.²¹ En conjunto, la región mejoró sus indicadores en términos de reducción de la pobreza, distribución del ingreso y disminución del desempleo. En su informe sobre *El panorama social de América Latina* del año 2006 la CEPAL estimaba que “el desempeño social de la región en el cuatrienio 2003-2006 ha sido el mejor de los últimos 25 años”.²²

²¹ Véase los datos sobre el gasto social y una discusión sobre la política social del gobierno de Hugo Chávez en Leonardo V. Vera, “Políticas sociales y productivas en un Estado patrimonialista petrolero: Venezuela 1999-2007” en *Nueva Sociedad*, no. 215, mayo-junio 2008, p. 111-28.

²² CEPAL, *Panorama social de América Latina 2006*, 2007, Santiago de Chile, Naciones Unidas.

NATALIA SALTALAMACCHIA

Dado lo anterior, es fácil comprender que el electorado adjudicara a los gobiernos de izquierda la capacidad de conjugar crecimiento y estabilidad económica con una serie de mejoras en la calidad de vida. Esto contribuyó durante la segunda ronda electoral a la reelección de algunos presidentes como sucedió en Brasil y en Venezuela, y a la confirmación de la misma coalición de gobierno en el poder como en el caso de Chile y después de Argentina. Por otro lado, la percepción de un buen desempeño por parte los gobiernos de la primera ronda permite proponer la hipótesis de un “efecto demostración”; es decir, es posible que en países como Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Paraguay los partidos/coaliciones de izquierda se hayan visto beneficiados por las expectativas generadas entre sus ciudadanos al observar la gestión de los gobiernos de izquierda en otros países. Asimismo, en Bolivia y Ecuador el ciclo económico expansivo benefició a los nuevos gobiernos al asegurarles, en sus dos primeros años, los ingresos fiscales suficientes para concentrarse en su principal promesa de campaña, es decir, la reforma del Estado.

Se debe agregar, por último, que los altos precios de los hidrocarburos ampliaron el margen de maniobra del presidente Hugo Chávez en la escena regional e internacional. Las iniciativas políticas aludidas en la sección precedente contaron con el respaldo de los petrodólares acumulados en este período. Aunque sería un grave error atribuir al gobernante venezolano las victorias electorales de líderes afines en Bolivia, Ecuador y Nicaragua, lo cierto es que una vez en el poder estos gobiernos han derivado cuantiosos beneficios políticos y económicos de su asociación con Chávez.

A manera de conclusión

Como se deriva de las líneas anteriores, a principios del siglo XXI el entorno político y económico internacional fue en muchos sentidos favorable para el ascenso de los gobiernos de izquierda en la región. Por supuesto, las condiciones externas propicias configuraron tan sólo una variable contextual que adquirió pesos distintos en cada Estado y cuya

influencia se vio mediada por las características del juego político interno. Justamente por eso, países como México, Colombia, Honduras, Costa Rica y Perú, entre otros, quedaron fuera de la ola.²³

Actualmente, en las tres grandes vertientes de nivel internacional discutidas arriba, se pueden observar transformaciones y, en ese sentido, el panorama para las izquierdas es ambiguo. El cambio más evidente se presenta en el terreno económico, donde la crisis financiera provocada en Estados Unidos pondrá a prueba a todos los gobiernos latinoamericanos, cualquiera que sea su color político. Por lo que hace a las izquierdas gobernantes, el desafío será mantener en pie los compromisos de la agenda social en una etapa de desaceleración; en términos generales, seguramente sufrirán más aquellos gobiernos que –como en el caso de Venezuela y Bolivia– se respaldaron en los altos precios de los energéticos para sustentar sus proyectos políticos y de desarrollo nacional, así como para zanjar cierta autonomía frente a los flujos de capital internacional.

En el terreno de las ideas, sin embargo, el clima no es desfavorable para las izquierdas. La actual crisis produjo no solamente el colapso de Wall Street, sino que dio también un golpe de gracia al neoliberalismo económico como ideología que postula el fundamentalismo del mercado. Éste quedó ya desacreditado en sus propios cuarteles. De tal manera que, tanto en el mundo desarrollado como en las economías emergentes, se escuchan propuestas para forjar un nuevo consenso económico internacional. Es decir, un nuevo sentido común que, trabajando dentro del sistema capitalista y la economía de mercado, podría inclinar la balanza un poco más hacia las preocupaciones tradicionales de la izquierda: el papel del Estado como agente regulador, los problemas de la concentración y la distribución, etc. Es posible también que este clima intelectual

²³ En un país como Colombia, por ejemplo, ninguna condición de nivel internacional puede compensar el hecho de que la existencia de una narco-guerrilla (pretendidamente un grupo político de izquierda, aunque a estas alturas sea más que nada una asociación criminal) debilite profundamente la posición de la izquierda partidista institucional (*i.e.*, el Polo Democrático). En el caso de México, por otra parte, en la elección del 2006, el candidato de la coalición de izquierda, Andrés Manuel López Obrador, perdió la elección por apenas el 0.56% de la votación e impugnó agriamente los resultados.

NATALIA SALTALAMACCHIA

abra el camino para que los países latinoamericanos puedan definir cuál es su nuevo modelo de desarrollo, una tarea que todavía está pendiente.

Por último, aunque la presidencia de Barack Obama no marcará un cambio en la prioridad asignada por Estados Unidos a América Latina, sí habrá un giro hacia una actitud de mayor voluntad de diálogo y de cooperación. En principio, todos los gobernantes de izquierda en la región, en su propio estilo y con distintos énfasis, saludaron la victoria del primer presidente afroamericano: no sólo por lo que su triunfo simboliza sino por la agenda progresista que éste parece defender. Y aunque no es éste el espacio para abundar en la futura relación de Estados Unidos con los países de la región, hay algo que podemos esperar: será bastante más difícil para los gobiernos de Chávez y Morales abreviar en la retórica antiestadounidense para reforzar su capital político interno; a diferencia de Bush, la figura de Obama no se presta tan fácilmente a la demonización y, como ya se sabe, sin demonio no hay salvador.